GERARDO DIEGO Y MIGUEL HERNÁNDEZ: LA ADMIRACIÓN MUTUA DE DOS POETAS

Aitor L. Larrabide Achútegui
Doctor en Filología Hispánica
Fundación Cultural Miguel Hernández

INTRODUCCIÓN

Aunque en las obras completas de Miguel Hernández[1] (1910-1942) no encontremos ningún texto alusivo al poeta Gerardo Diego (1896-1987), miembro destacado de la llamada generación del 27, en los tomos publicados que integran la obra completa del escritor santanderino sí puede rastrearse esa corriente subterránea de admiración, respeto y, sobre todo, amistad, que Diego sintió por Hernández. En la literatura española contemporánea todavía es necesaria una relectura objetiva, imparcial y serena de toda una época literaria, la "Edad de Plata", que englobaría las décadas de los años veinte y primeros treinta (antes del estallido del golpe de Estado del 18 de julio de 1936). Precisamente, la edición de obras completas de algunos insignes escritores (como los aludidos Miguel Hernández y Gerardo Diego) nos permite analizar esa intrincada red de filias, fobias, amistades y admiraciones que caracteriza al gremio de las letras.

El centenario del nacimiento de Gerardo Diego conllevó la feliz iniciativa de publicar sus obras completas, si esto es posible en un escritor tan insistente en su faceta de creador. La editorial madrileña Alfaguara, con el imprescindible concurso del Gobierno de Cantabria y de diversas instituciones de la Comunidad Autónoma norteña española, llevan editados ocho gruesos tomos, y la copiosa correspondencia de Diego mantenida con centenares de corresponsales y amigos ayuda a acercarnos a una figura fundamental en la literatura española reciente. Las páginas que siguen, con la presencia, a modo de animada tertulia, de Pablo Neruda, Raúl González Tuñón y Santiago Ontañón, suponen el testimonio de la franca amistad y la admiración sincera de los dos poetas, maestros indiscutibles de quienes saben conjugar, en literatura, la modernidad con la tradición, como homenaje y simbólico hermanamiento de dos grandes poetas de nuestra literatura en el centenario del nacimiento del poeta de Orihuela.

MIGUEL HERNÁNDEZ EN LA OBRA DE GERARDO DIEGO

En 1949, en fechas "arriesgadas" de la posguerra, Diego escribe un extenso trabajo, "Poesía española contemporánea"[2], con valiosas alusiones a Hernández:

> Otro gran poeta, cuya muerte lloramos porque su poesía se hallaba todavía en periodo de crecimiento y vigorosa fecundidad, es Miguel Hernández, magnífico ejemplo de hombría y de entereza, reflejado en una obra a veces áspera y violenta; pero siempre rezumante de vida y cálida de riego sanguíneo. [...] ha sido el antídoto contra clorosis y anemias neobucólicas, y su poesía explica muchas cosas y casos de nuestra juventud, desde títulos con 'tierra' y 'sangre' de tantos libros y poemas hasta los colofones polémicos de clasicistas y existenciales.

Diego publicó el 6 de noviembre de 1952, en *El Noticiero Universal* de Caracas, un artículo con el

1 *Obras completas*, Madrid, RBA, 2006, 3 vols. Es la edición utilizada para señalar las citas.

2 *Mundo Hispánico* (Madrid), nº11, 1949. Recogido en *Prosa literaria*. Vol. 3 (*Obras completas*. T. VIII), edición de José Luis Bernal, Madrid, Alfaguara, 2000, pp. 1091-1099.

título "Victoriano Crémer"[3] (fallecido en junio pasado) en el que ubica al poeta castellano y a Miguel Hernández en "la generación intermedia", a la llamada generación del 36, aunque los historiadores de la literatura todavía discuten la existencia de grupos o generaciones. Entre sus miembros se encontrarían, entre otros, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Germán Bleiberg, José Luis Cano o Leopoldo Panero.

En 1957 Diego ofreció una conferencia, recogida oportunamente en sus obras completas[4], que llevaba el título de "El toreo y los escritores". En ella, aludía al poema "CORRIDA-real"[5] de Hernández en términos elogiosos: "es una de las contadas corridas completas que merecen tenerse en cuenta". Más adelante afirma que "En pocos años la técnica de Miguel ascendió a una sonora plenitud de quevedesco linaje que esplende en formidables sonetos".

En 1960 se conmemoró el cincuenta aniversario del nacimiento de Miguel Hernández. Con tal motivo, la prestigiosa revista literaria *Cuadernos de Ágora*, dirigida desde Madrid por la poeta Concha Lagos, dedicó un número monográfico al autor de Orihuela con un artículo de Gerardo Diego posteriormente publicado con menos extensión en otros lugares[6]. En dicho texto, Diego presta su atención crítica a *Perito en lunas*, cuya primera edición le fue enviada por el propio Hernández. Este trabajo de Gerardo Diego es, en nuestra opinión, el más interesante desde una aproximación filológica de todos los del poeta cántabro. Diego defiende que se trata de un libro de poesías "levemente unidas por una constante intencional y una cierta preferencia por la presidencia de las lunas", de forma directa o indirecta. Sería, pues, "un solo poema continuo". Hernández se incorporaría a la corriente neopopularizante del 27, aunque Diego advierte que es tal la personalidad del oriolano que su poesía resulta "triunfante y novísima, su metal de voz hirviente y sonoroso, su ritmo propio y restallante campeando en el cielo de la mejor poesía española". También afirma que la poesía hernandiana es:

> como en Góngora o en Guillén, alusiva y antianecdótica, aspirante a la poetización por la esencia en un proceso que marcha de lo concreto a lo abstracto. [...] para gozarla plenamente hay que saber recrear en sentido inverso el sendero recorrido por el poeta.

De todos modos, el fracaso o éxito de la interpretación de las imágenes no es responsabilidad exclusivamente del lector sino del poeta, debido "a la carga de arbitrariedad y el prurito de alejar el lenguaje directo". Resulta esclarecedor el testimonio de privilegiado lector de poesía de Gerardo Diego:

> No creo que haya un solo lector, que lo hubiera en 1933 tampoco, capaz de dar solución a todos los acertijos poéticos que propone [Miguel Hernández]. Porque son acertijos en los que rara vez entraba disimuladamente la solución deslizada. El acertijo es un género poético tan antiguo como la poesía popular y el doble o triple deleite de la agudeza, de la sorpresa y de la emoción poética [...] se conjugan en una síntesis deliciosa.

Concluye Diego con una reflexión vigente para los especialistas hernandianos en particular y para los buenos degustadores de la poesía en general:

> Suele despreciarse este libro primerizo por considerarlo indigno del gran Miguel Hernández, del poeta todo arrojo y corazón y audacia de expresión patética. No lo estimo justo. Este paso, tan prematuro y ya tan firme, era necesario para llegar a aquella furiosa y trágicamente malograda primera plenitud que, ay, no había de tener segunda.

Según Diego[7], en el verano de 1968, cumpliéndose treinta y cuatro años de la cogida mortal de Ignacio Sánchez Mejías, tuvo lugar en Manzanares un acto de recuerdo en donde se recitó el poema de Hernández dedicado al torero-poeta[8], "CITACIÓN-fatal"[9].

Unos días más tarde, el 18 de julio de 1968, Diego comenta la feliz iniciativa de Sagrario Torres de componer un libro con cinco sonetos al soneto, y menciona a Hernández[10]. En este caso lo califica de "tremendista": "de los que prefieren el zarpazo y la dentellada a la caricia". Confiesa, honradamente, que

> no me acaban de convencer las violencias desaforadas, tanto en el juego de imágenes como en el atrevimiento de las metáforas o en el impudor de las confesiones. Pero tengo que reconocer que son caminos necesarios para que los poetas de rico y fuerte temperamento puedan alcanzar

3 *Prosa literaria*. Vol. 3 (*Obras completas*. T. VIII), ed. cit., pp. 746-748.

4 *Memoria de un poeta*. Vol. 2 (*Obras completas*. T. V), edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Madrid, Alfaguara, 1997, pp. 372-409.

5 *Obras completas*, ed. cit., vol. I, pp. 394-397.

6 *"Perito en lunas", Cuadernos de Ágora* (Madrid), nº49-50 (noviembre-diciembre 1960), pp. 26-27; recogido en: *Panorama Poético Español* (21-XI-1960); en el volumen colectivo *Miguel Hernández*, edición de María de Gracia Ifach, Madrid, Taurus, 1975 y 1989, pp. 181-183; y en el artículo "Gloria de Miguel Hernández", publicado en el diario madrileño *Arriba* el 31 de marzo de 1977, en el que más adelante nos detendremos. También en *Prosa literaria*. Vol. 3 (*Obras completas*. T. VIII), ed. cit., pp. 554-556.

7 "Ignacio, en Manzanares", *Abc* (9-VII-1968); y en *Memoria de un poeta*. Vol. 2 (*Obras completas*. T. V), ed. cit., pp. 331-332.

8 Ed. cit., pp. 347-349.

9 *Obras completas*, ed. cit., vol. I, pp. 347-349.

10 *"Catorce bocas me alimentan", Panorama Poético Español* (18-VII-1968); y en *Prosa literaria*. Vol. 3 (*Obras completas*. T. VIII), ed. cit., pp. 932-934. El libro, que da título al artículo de Diego, fue publicado en Madrid por la Editora Nacional en ese mismo año 1968.

en sus mejores momentos las altísimas temperaturas que su furia interior les exige.

El 20 de agosto de 1972 se publica en *Arriba* el artículo dieguino "Academia Apócrifa"[11], relacionado con el célebre folleto *El Teatro Español sacado a luz de las tinieblas de nuestro tiempo*[12], de Max Aub. Según ese ilusorio devenir literario, el académico Hernández estrenó, por esos años (hacia 1956, fecha ficticia de publicación del citado folleto, si bien la real fue 1971), con gran éxito, especialmente en Alemania, las obras teatrales *El desdén agradecido, Quien más puede, El murciano valeroso, La villena de Orihuela* y *El mejor árbol*. A fecha de 1 de enero de 1957, Hernández tenía la "Silla III" de la Academia. Tomó posesión el 7 de noviembre de 1952.

En reseña al libro *Miguel Hernández*[13], de Vicente Ramos, Diego[14] comenta, encomiásticamente, el soneto hernandiano "ROSA-de almendra"[15].

El 27 de marzo de 1977, en vísperas de cumplirse el treinta y cinco aniversario de la muerte de Hernández, y en un momento trascendental para la vida política española, el diario Abc entrevistó a diversas personalidades del mundo cultural, como Vicente Aleixandre y Gerardo Diego. Éste, afirmó en "El oro de ley de su corazón" que

> Si algún poeta de nuestro siglo [...] tiene asegurada su gloria, fundada a un tiempo en su talento y estilo originalísimo y en el oro de ley de su corazón y de su conducta, ése es Miguel Hernández.

Más adelante, Gerardo Diego sostiene que lo conoció cuando le envió *Perito en lunas* (1933), el primer libro del alicantino. Después coincidieron en varias tertulias literarias y en el lugar de trabajo de Hernández, la editorial Espasa-Calpe, contratado por José María de Cossío. Según Diego, en su domicilio se conservan fotografías y cartas, reflejo de una amistad "jamás empañada" (más adelante nos referiremos a una famosa fotografía en la que coincidieron los dos poetas, entre otros escritores). Cuatro días después, el 31 de ese, por tantas razones, esperanzador mes de marzo de 1977, es Gerardo Diego quien publica, en las páginas del rotativo madrileño *Arriba*, un interesante artículo, escasamente difundido (y no incluido en sus obras completas), con el título "Gloria de Miguel Hernández", recogido por el diario valenciano *Levante* en su edición del 22 de abril de ese mismo año. En ese trabajo Diego revisa, precisamente, *Perito en lunas*, con unas acertadas expresiones de justedad:

> La unidad de su hombría y de su arte, de su bondad y de su talento, multiplican recíprocas la gloria ascendente, de un poeta, como todos los legítimos poetas, inmensurable, inconmensurable, en sí mismo y en su proporción con los otros.

Además, afirma que no es justo realizar comparaciones con otros compañeros escritores para medir la altura poética de Hernández. Como otros coetáneos suyos, ya hemos visto que Diego creyó que el primer poemario hernandiano era un poema reunido en libro. Recordemos que las cuarenta y dos octavas reales de que constaba no llevaban títulos, con el consiguiente problema que creaba en el lector no avisado. Se trata de adivinanzas, como bien dice Diego, hermanándose en dichas composiciones orfebrería y juego de niñez.

Unos años más tarde, el 28 de marzo de 1982, de nuevo en el periódico *Abc*, Diego vuelve a dar su opinión sobre Hernández. En esta ocasión afirmó que cualquier excusa es buena para hablar del amigo. Su poesía tenía, según Diego, un origen "remoto y casi milagroso".

EL TIEMPO AMARILLO SOBRE UNA FOTOGRAFÍA

Hemos aludido a la existencia, según el testimonio de Gerardo Diego, de instantáneas gráficas en las que aparecen, entre otros, Miguel Hernández y el poeta santanderino. Pues bien, durante décadas la crítica especializada ha fechado el banquete tributado a Vicente Aleixandre con motivo de la publicación de *La destrucción o el amor* en junio de 1935, en el restaurante Biarritz de Madrid. En el año 2004 fue editado en facsímil el ejemplar perteneciente a Joaquín Romero Murube de *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, de Federico García Lorca[16]. El poeta sevillano guardó la invitación a la comida en su ejemplar, titulada "En homenaje a Vicente Aleixandre", que se reproduce también en facsímil en la mencionada edición. En dicha invitación, puede leerse que el "almuerzo" se celebró el sábado 4 de mayo en el Restaurant Buenos Aires, situado en la madrileña calle de Almansa, número 72 moderno, en la zona de Cuatro Caminos. El precio del cubierto fue de 7,50 pesetas, y el menú se componía de entremeses, paella de pollo, merluza con mayonesa o vinagreta, ternera asada,

11 *Prosa literaria*. Vol. 3 (*Obras completas*. T. VIII), ed. cit., pp. 1196-1199.

12 Puede consultarse en varias reediciones: *El teatro español sacado a la luz de las tinieblas de nuestro tiempo*, edición de Javier Pérez Bazo, Segorbe, Fundación Max Aub, 1993; en *Destierro y destiempo. Dos discursos de ingreso en la Academia*, de Max Aub y Antonio Muñoz Molina, Valencia, Pre-Textos, 2004; y en *Escritos sobre el exilio*, edición, selección y presentación de Manuel Aznar Soler, Sevilla, Renacimiento, 2008.

13 Madrid, Gredos, 1973.

14 "Blanco y verde", *Abc* (2-IV-1974). Recogido en *Prosa literaria*. Vol. 3 (*Obras completas*. T. VIII), ed. cit., pp. 1184-1186.

15 *Obras completas*, ed. cit., vol. I, pp. 468-469.

16 Introducción de Jacobo Cortines y Juan Lamillar, Sevilla, Fundación José Manuel Lara y Fundación El Monte, 2004.

ensalada, fruta, café y licor. La comisión organizadora la integraban Pedro Salinas, Gerardo Diego, Federico García Lorca, José Moreno Villa, Pablo Neruda y Luis Cernuda. En la fotografía que se conserva de la comida aparecen, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Antonio Espina, Luis Felipe Vivanco, J.F. Montesinos, Arturo Serrano Plaja, Juan Panero, Pedro Salinas, María Zambrano, Enrique Diez-Canedo, Concha Albornoz, Delia del Carril y José Bergamín, aparte de Vicente Aleixandre, Miguel Hernández, Gerardo Diego y Pablo Neruda.

El poeta argentino Raúl González Tuñón recuerda en uno de sus libros de ensayos memorialísticos[17] el almuerzo en homenaje a Vicente Aleixandre, con la presencia, entre otros, de Victorio Macho, Ricardo Baeza, etc. Más adelante[18], relata la presencia de Gerardo Diego, y apuntamos nosotros, la existencia de otra fotografía, ésta menos conocida, con motivo de un banquete de despedida a González Tuñón en Madrid el 20 de diciembre de 1935, organizado por Federico García Lorca, con la asistencia de, entre otras personas, Pablo Neruda, Norah Borges, Manuel Altolaguirre, León Felipe, Enrique Azcoaga, Gerardo Diego y Miguel Hernández. González Tuñón añade que en la Taberna de Pascual el oriolano pasó por debajo de la mesa a Gerardo Diego un papel que contenía el poema dedicado al argentino, leido por su autor ante el sorprendido público asistente, que empieza "Raúl, si el cielo azul se constelara"[19].

Volviendo a la fotografía del homenaje a Vicente Aleixandre, llama la atención esa coincidencia de Pablo Neruda y Gerardo Diego, que dice mucho también del espíritu conciliador de éste. Como se sabe, el poeta cántabro fue muy amigo de Vicente Huidobro, enemigo literario de Neruda. Después de la guerra civil española, Pablo Neruda publicó el poema "Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España"[20], fechado en México, en diciembre de 1949 y publicado en el número 2 de la revista *Cultura y Democracia*, editada en París, correspondiente al mes de febrero de 1950. En dicha composición, de fuerte tono imprecatorio, aparecen los nombres de Dámaso Alonso, Gerardo Diego y José María de Cossío:

Que sepan los que te mataron que pagarán con sangre.
Que sepan los que te dieron tormento que me verán
[un día.
Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre
en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, los hijos
de perra, silenciosos cómplices del verdugo,
que no será borrado tu martirio, y tu muerte
caerá sobre toda su luna de cobardes.
Y a los que te negaron en su laurel podrido,
en tierra americana, el espacio que cubres
con tu fluvial corona de rayo desangrado,
déjame darles yo el desdeñoso olvido
porque a mí me quisieron mutilar con tu ausencia.

Neruda también acusó duramente a José María de Cossío, al igual que hizo con Gerardo Diego. En *Las uvas y el viento* dice: "Todos sabían, / en las cárceles, / mientras los carceleros / cenaban con Cossío, / tu nombre"[21].

La respuesta fue igualmente desproporcionada. Leopoldo Panero, amigo de Aleixandre, que asistió al banquete de 1935 en el que coincidió con Neruda, escribió el libro *Canto personal. Carta perdida a Pablo Neruda*[22].

Sin embargo, la reconciliación entre los dos, Neruda y Diego, llegó a través de otro cántabro, amigo de ambos: Santiago Ontañón. En la memorias de éste[23] lo narra como si hubiera sucedido el día anterior. Neruda se encontraba con Rafael Alberti, el propio Ontañón y María Teresa León en Roma, paseando por el Trastévere. Alberti empezó a recitar versos y entre ellos recitó uno de su amigo Gerardo, y al escucharlo Neruda exclamó: "¡Ese niño!... Vamos a ponerle una tarjeta a Gerardo". Escribió unas líneas y firmaron todos los presentes. Santiago Ontañón aceptó el papel de cartero y llevó consigo la carta a Madrid, donde en la calle se encontró con Gerardo Diego e intentó entregarle la misiva, pero el poeta al ver la carta se puso muy nervioso y dijo que "recibiría la carta encantado, pero antes Pablo tendría que rectificar la infamia que cometió contra nosotros, a propósito de

17 *La literatura resplandeciente*, Buenos Aires, Editorial Boedo-Silbalba, 1976, p.134.

18 *Ibid.*, p. 135.

19 "A RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN", ed. cit., vol. I, p. 535.

20 Luego lo incluye en *Canto General* (sección XII: "Los ríos del canto"), México, Talleres Gráficos de la Nación, 1950 (25 de marzo de ese mismo año). Aparecerá posteriormente en las *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1973 (4ª ed.), tomo I, pp. 634- 635; y en *Obras completas*, al cuidado de Hernán Loyola, Barcelona, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, 1999, tomo I, pp. 745-747 (referencia a los tres escritores en p. 746). Citamos siempre por esta última edición.

21 Sección "El pastor perdido", poema III, en *Las uvas y el viento*, en *Obras completas*, ed. cit., vol. I, pp. 968-975 (referencia a Cossío en p. 973).

22 Introdución por Dionisio Ridruejo, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1953. El texto introductorio de Ridruejo fue publicado en *Indice de Artes y Letras*, de Madrid (nº64, 30 de junio de 1953, p. 17).

23 Santiago Ontañón / José Mª. Moreiro, *Unos pocos amigos verdaderos*, prólogo de Rafael Alberti, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1988, pp. 184-185. El investigador nerudiano Gunther Castanedo reproduce *in extenso* la cita en su artículo "Neruda y Cantabria", *El Diario Montañés* (Santander) (27-VIII-2003), p.68.

Fotografía del Homenaje a Vicente Aleixandre por la aparición de "La destrucción o el amor" en 1934. De izquierda a derecha y en pie: *Miguel Hernández, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Antonio Espina, Luis Felipe Vivancos, J.F. Montesinos, Arturo Serrano Plaja, Pablo Neruda y Juan Panero*. Sentados: *Pedro Salinas, María Zambrano, Enrique Diez-Canedo, Concha Albornoz, Vicente Aleixandre, Delia del Carril* y *José Bergamín*. En el suelo, sentado: *Gerardo Diego*. Fuente: www.miguelhernandezvirtual.com

Miguel Hernández. Lo siento, pero ahora no puedo recibirla". Ontañón contestó que durante las guerras se cometen barbaridades e injusticias, pero que era necesario perdonar para no pasarse la vida odiando. Gerardo Diego mantuvo su negativa a recoger la carta de Neruda. Después de unos meses, el poeta cántabro se acercó a Ontañón en el Café Gijón y le pidió la tarjeta. Según Ontañón, con ello "quedó demostrado que uno había perdido perdón, muy sutilmente, y el otro lo había otorgado"[24].

LA BIBLIOTECA HERNANDIANA DE GERARDO DIEGO

En la biblioteca de Gerardo Diego se conservan tres libros de Miguel Hernández, en sus ediciones príncipes y sin dedicatorias: *Perito en lunas* (Murcia, 1933), *Quién te ha visto y quién te y sombra de lo que eras* (Madrid, 1934) y *El rayo que no cesa* (1936). En el primero de ellos, *Perito en lunas*, en el índice de poemas, está señalado el que empieza con el verso "Contra nocturna luna"[25]. En *El rayo que no cesa* Gerardo Diego apuntó, en la última hoja del volumen, a lápiz azul, los números 1 ("Un carnívoro cuchillo")[26], 9 ("Fuera menos penado si no fuera")[27], 10 ("Tengo estos huesos a las penas")[28], 14 ("Silencio de metal triste y sonoro,")[29], 15 ("Me llamo barro aunque Miguel me llame")[30], 18 ("Ya de su creación, tal vez, alhaja")[31], 19 ("Yo sé que ver y oír a un triste enfada")[32], 20 ("No me conformo, no: me desespero")[33], 21 ("¿Recuerdas aquel cuello, haces memoria")[34], 22 ("Vierto la red, esparzo la semilla")[35], 23 ("Como el toro he nacido para el luto")[36], 24 ("Fatiga tanto andar sobre la arena")[37], 25 ("Al derramar tu voz su mansedumbre")[38], y 29 ("Elegía")[39].

La relación de admiración, sobre todo ética pero también de sincera estimación literaria, por parte de Gerardo Diego hacia Miguel Hernández está fuera de toda duda. El estallido de la guerra civil los separó siquiera ideológicamente pero Diego nunca olvidó el canto de un ruiseñor puro, honrado y, esencialmente, bueno. ■

24 *Ibid.*, p. 185.
25 Octava XXXII (NORIA), en *Obras completas*, ed. cit., vol. I, p. 265.
26 *Ibid.*, vol. I, pp. [493]-494.
27 *Ibid.*, vol. I, p. 498.
28 *Ibid.*, vol. I, p. 498.
29 *Ibid.*, vol. I, p. 500.
30 *Ibid.*, vol. I, pp. 501-502.
31 *Ibid.*, vol. I, pp. 503-504.
32 *Ibid.*, vol. I, p. 504.
33 *Ibid.*, vol. I, pp. 504-505.
34 *Ibid.*, vol. I, p. 505.
35 *Ibid.*, vol. I, pp. 505-506.
36 *Ibid.*, vol. I, p. 506.
37 *Ibid.*, vol. I, pp. 506-507.
38 *Ibid.*, vol. I, p. 507.
39 *Ibid.*, vol. I, pp. 509-510.

Quiero expresar mi profunda gratitud a Andrea Puente, de la Fundación Gerardo Diego con sede en Santander, por su amabilidad en facilitarme algunos datos esenciales. Y a Gunther Castanedo, también santanderino, por su colaboración y amistad.